

# Notas de viaje en torno al País Vasco

(1789-1840)

Por ANTONIO ELORZA

Si seguimos la evolución del pensamiento social de los hombres que integran la Sociedad Bascongada de los Amigos del País, encontramos un hecho innegable: la presencia de una conciencia burguesa en formación. Ahora bien, el pensamiento político no es sino un dato más, fundamental si se quiere, pero en modo alguno determinante de la historia social y, en consecuencia, el contraste de aquella hipótesis implica la realización de un análisis sociológico en profundidad de la dinámica demográfica y económica de la sociedad vasca en las últimas décadas del siglo XVIII. Claro que si semejante estudio se presenta como sumamente fructífero, también es cierto que, de momento, suscita dificultades insalvables en cuanto a los medios a utilizar. Y en ausencia, por tanto, de una aplicación sistemática de las técnicas sociológicas que arrojará con la requerida precisión el alcance y sentido del fenómeno, el historiador se encuentra obligado a recurrir como bien sustitutivo a indicadores menos precisos de la situación. En primer plano, tenemos los relatos de viajes, fundamentalmente de los franceses que recorren nuestro país en torno al ochocientos con el objeto de describir más tarde los aspectos más salientes de nuestra sociedad. Aunque, como ha hecho notar en su buen estudio sobre la España del XVIII Domínguez Ortiz, su garantía es muy dispar y con excesiva frecuencia se ciñen a simples recensiones fantaseadas de otros anteriores por hombres que nunca llegaron a pisar nuestro suelo; se hace obligatoria, pues, una rigurosa selección previa del material a nuestra disposición.

Nuestra primera elección recaerá sobre Bourgoing, el célebre embajador del período revolucionario quien en su «Nouveau Voyage en Espagne», editado en París el crucial año de 1789, nos deja un cuadro fidedigno de la sociedad española de los años ochenta. En segundo lugar, los «Diarios» del gran viaje por el norte que emprende Jovellanos en 1791 y, a continuación, el «Itinéraire descriptif de l'Espagne» que, en 1808, publica Alexandre Laborde recogiendo en sus páginas minucio-

samente los rasgos de nuestro país en víspera de la guerra de la Independencia... Pero la evolución de la sociedad vasca y su participación en el primer plano de la España moderna no se cierra con los Amigos del País, constituyendo un buen problema histórico explicar cómo esa misma sociedad, que resueltamente tomó en su día la dirección del movimiento ilustrado, adopta unos decenios más tarde idéntica posición pero en sentido contrario. Y siendo justamente con ocasión de las guerras carlistas cuando otro extranjero, Carlos Dembowski, visita España legándonos con su relato de viaje una explicación muy aguda y precisa de lo que, a su modo de ver, ha constituido el fondo de la nueva actitud. Claro que ya no es un ilustrado, y su interés se desvía frecuentemente con matices románticos hacia los motivos folklóricos y populares, como ese «zortzico» que llama su atención tanto y más que la propia guerra. Aun fuera del esquema que integran los tres autores anteriormente citados, merece no obstante recogerse la narración de Dembowski, esbozo de explicación de ese cambio histórico, tan sugerente de problemas al observador.

\* \* \*

Siguiendo un orden cronológico, el primero de estos cuadros de viaje que vamos a reflejar es el del embajador Bourgoing, con su visión un tanto apresurada. En su largo viaje por tierras españolas, el buen diplomático si consagra a las provincias las primeras jornadas, se halla lejos de convertirlas en parte fundamental de su itinerario: apenas se detiene en San Sebastián y Vitoria, y de Bilbao confiesa que le quedaba fuera de camino. No por eso es menos interesante su relato, salpicado aquí y allá de agudas observaciones sobre la naturaleza política, económica y aun geográfica del País.

Algunas carecen en apariencia de valor, pero siempre encierran algún elemento significativo: tal es el caso de los caminos, que le parecen excelentes, no sólo mejores que los franceses sino aun entre los mejores de Europa. Estos caminos, según el mismo anota, corrían a cargo en su construcción y sostenimiento de las administraciones provinciales. En otros casos, el significado de la observación se hace desde un primer momento evidente. Y quizá el mejor ejemplo sea el contraste que establece entre la vida en el País Vasco y la que había de observar en el resto de la península; la situación de privilegio que goza aquél se traduce, a su juicio, en mayores libertad y bienestar y, en definitiva, en dos géneros de vida diversos. «¡Qué diferencia — escribe Bourgoing — entre el aspecto de este país y el que con él limita! No es mi intención ridiculizar a los castellanos, cuyas virtudes estimo; pero son silenciosos

y tristes, llevan sobre sus rostros austeros y curtidos la imagen del hastío y la pobreza. En Vizcaya, se da otro color, otra fisonomía, otro carácter: libres, alegres y hospitalarios, parecen ser conscientes de su felicidad y querer hacer partícipes de ella a sus testigos» (1).

En el ordenamiento político del absolutismo borbónico constituían las provincias «el asilo de la industria y la libertad», clave en que se cifraba una prosperidad común de unas tierras que, por otra parte, «han sido tratadas mediocrementemente por la naturaleza». En un plano secundario, al hecho de estar fuera de la administración financiera central se unían las ventajas del comercio con América que —piensa Bourgoing— pudiera verse incrementado de renunciar el país a su tan cuidada libertad. «No es sólo el privilegio, en fin, sino también la industria de los habitantes una de las bases en que descansa ese bienestar», siendo la escuela de Vergara, donde «enseñan la metalurgia los más hábiles maestros», una muestra para él del mejor patriotismo. «Vizcaya, —dirá, completando esta visión altamente favorable—, digna de mención por sus caminos, por su cultura, por sus privilegios, lo es sobre todo por la industria de sus habitantes. Se ejerce sobre el hierro, producción principal de esta provincia» (2).

Como era de esperar por el breve tiempo que en su visita emplea, la descripción que Bourgoing hace de las ciudades vascas no puede ser más sucinta, limitándose a unos cuantos puntos principales. Digamos de paso que esta descripción de ciudades y villas ha de constituir uno de los sectores básicos de nuestro análisis, que nos permitirá responder a través del desarrollo urbano reflejado a la cuestión de la existencia, y de los altibajos, de esa burguesía que, según nuestra hipótesis, se desarrolla en el País Vasco en el siglo XVIII. Además, estos libros de viajes suelen ser ricos en notas sobre la naturaleza del comercio, la localización y la vitalidad de las instituciones mercantiles y, en fin, sobre su alcance, penetración y relación con los restantes estratos sociales. No faltan, claro es, inexactitudes y contradicciones, pero ello es inevitable en un instrumento de análisis sociológico tan impreciso como el que intentamos manejar. Impreciso pero, insistimos en ello, valioso, como lo muestran las tres cortas líneas en las cuales apunta Bourgoing que Bilbao es una ciudad «en que el comercio brilla en toda su actividad» aunque, según dijimos, reconozca no haberla visitado (3). Otro tanto puede decirse de la página dedicada a San Sebastián, ciudad que encuentra pequeña, pero muy bien construida y en la que también reina gran actividad mercantil. Vitoria, por último, está en su opinión muy mal trazada y edificada, aunque no faltan en ella los rasgos que denuncian un cierto nivel de comercio e industria. Bourgoing se limita, pues, a unos breves apuntes sobre la situación de

nuestras villas, que veremos aludidas con mayor extensión por Jovellanos y, sobre todo, por el exhaustivo «Itinéraire» de Alexandre Laborde.

El punto principal que, por consiguiente, interesa poner de relieve en el itinerario de Bourgoing es su apreciación en los años ochenta del bienestar y el desarrollo del comercio en la costa vasca. De idéntica forma que hace resaltar el contraste de la situación política, e incluso psicológica, de sus habitantes respecto a los castellanos, subraya la posición activa que, asimismo a diferencia de otras provincias costeras, desempeñan los vizcaínos (nombre que los viajeros franceses extienden a todos los vascos), respecto al comercio. Salvo en Barcelona, hasta el punto de creerse a esta ciudad ajena a España, en los restantes puertos de nuestro litoral la posición ocupada por los españoles es meramente pasiva, e incluso en la comercial Cádiz sólo el diez por ciento de los barcos surtos en el puerto suelen ser de bandera española. «Los vizcaínos —insiste Bourgoing (4)— no son espectadores inactivos de este comercio; aprovisionan en gran parte de mercancías extranjeras a las provincias mediterráneas, y sus embarcaciones mantienen una continuada correspondencia con los restantes puertos de la península y los de Francia, Inglaterra y Holanda».

Visión altamente favorable la del embajador francés que, lógicamente, no podía compartir en su totalidad el siguiente viajero notable que visita nuestro país: Gaspar Melchor de Jovellanos.

\* \* \*

Jovellanos recorre el País Vasco en el curso de su gran viaje de 1791, a los dos años de la edición de Bourgoing; procedente de Asturias, hará su entrada por Bilbao para, tras un complejo recorrido por el interior de Vizcaya y Guipúzcoa, abandonar nuestra tierra una vez visitada Vitoria, como es costumbre en los viajeros de la época. Su relato es rico en detalles de interés anecdótico, al margen de la siempre presente preocupación que muestra por los problemas económicos de las zonas descritas. Curiosamente, dos de ellas tienen, directa o indirectamente, por protagonista a Samaniego. Es primero, en la descripción de los alrededores de Bilbao, la referencia al Desierto, el célebre convento que sólo dos años más tarde «albergará» al fabulista penitente como consecuencia de su proceso inquisitorial y, a pesar de su nombre, lugar delicioso «todo bien cercado. con bosque, una bellísima vega...» (5). A los pocos días, llegado Jovellanos a Tolosa al anochecer, visita no obstante de inmediato al alavés y sostiene con él «graciosísima conversación». «Nos recitó —recuerda Jovellanos (6)— algunos versos de su descripción del Desierto de Bilbao, dos de sus nuevos cuentos... todo saludísimo».

Según dijimos, el primer punto de importancia en que nuestra via-

jero se detiene es Bilbao y, como era de esperar, sus notas coinciden con la tónica general de los otros itinerarios del siglo. «La villa de Bilbao es población moderna», dirá desde un primer momento y su prosperidad aparece evidente a través de su cuidado urbanismo, en el que una vez más destaca el sistema de limpieza de las calles. «Hay en Bilbao, insiste, buen alumbrado y excelente empedrado; no se permiten coches; se le regulan tres mil vecinos, pero debe pasar de quince mil almas, según hierven». Observación ésta, «según hierven», que supone resaltar la actividad comercial de la capital vizcaína, con un alto nivel de vida que hará sorprenderse a Jovellanos de la ausencia de mendigos: «no he visto un solo pobre en Bilbao», confiesa extrañado. Asimismo recoge la cuantía de las rentas del consulado, que rebasan los cincuenta mil ducados, y, en otro terreno, la presencia de multitud de refugiados franceses —son los días de la Revolución— que hacen rebosar las posadas (7).

No obstante, el juicio general que del conjunto del país hace nuestro ilustrado dista mucho de los tonos favorables de un Bourgoing. «Sin las franquicias —piensa Jovellanos—, estas provincias serían muy inferiores a nosotros (Asturias); con ellas no prospera la industria. La del hierro es casi única y aun esta ventaja la deben a la vena» (8). Nos hallamos pues ante un juicio no exento de resentimiento por parte del natural de una provincia española en desventaja institucional respecto al País Vasco. Lo que, como denominador común, no carecerá de importancia en los acontecimientos del primer tercio del XIX.

El mismo tono preside las anotaciones que reflejan la situación de las pequeñas villas. En particular la de Portugalete, pueblo dotado de magnífico puerto para el comercio «y reducido hoy a un pobre puerto de pescadores por la exclusiva, enorme y tiránica, de Bilbao, pues no puede introducir ni extraer el valor de un real de plata», de manera que aunque no faltan algunas casas nobles la población es, en general, pobre (9). Es el primer testimonio recogido de ese enfrentamiento entre el Bilbao comercial —zona urbana dominante— y las tierras circundantes del Señorío, con sus pequeñas villas asimilables a un proletariado demográfico que se alzarán, como veremos, en los años treinta.

Pequeñas villas en las que, mediado el XVII, fraguóse el movimiento ilustrado pero que, cuando Jovellanos las visita, se encuentran en plena decadencia. Así, de Azcoitia recoge la presencia de numerosas casas nobles aunque, por supuesto, fuera su mayor gloria ser la cuna de Peñaflorida y Narros. Observamos empero el contraste que se aprecia en la evolución del pensamiento de los Amigos del País: al tiempo que la cultura urbana tradicional (encarnada por esas villas del interior dominadas por «élites» nobiliarias) se encuentra en declive, los centros periféri-

cos se sitúan en una curva ascendente que, en el plano de las ideas, reflejará el ascenso de una mentalidad liberal burguesa. Descenso el primero que es acompañado por la decadencia de aquella nobleza semi-burguesa (recordemos la Guipuzcoana de Caracas) que dirigió la escena a mediados de siglo y que, en los conflictos carlistas, pasará a engrosar filas tradicionalistas.

Es muy elocuente por tanto la descripción de esa Azcoitia que acoge sólo un día a Jovellanos, con posadas peores que las de Galicia, que ha dejado ya de ser centro ilustrado y en la que, como dirá nuestro autor, «todo falta, pero hay dos conventos de monjas» (10). Análoga estratificación social ofrece Vergara, con su «mal aspecto», pero con grandes casas nobles en su interior, en una de las cuales, por cierto, reside Foronda.

Claro que la estimación no es peyorativa por igual, aunque siga registrando la profusión de lugares con grandes casas nobles, como Villafraña, Mondragón y tantos más. En Plasencia, llama la atención de Jovellanos el monopolio de demanda que ejerce la Compañía de armas sobre los artesanos que para ella trabajan, así como de Anzuola una pujante industria lanera. Por fin, en Hernani encuentra un pujante desarrollo urbano, con casas nuevas «y muchos indicios de riqueza».

El relato de Jovellanos se cierra, según hemos dicho, en Vitoria, ciudad que describe con minuciosidad y que encuentra muy agradable, si bien no falta una anotación curiosa y digna de transcribirse: «ya no hay aquí el aseo de Vizcaya y Guipúzcoa, aunque más que en Castilla» (11).

\* \* \*

Años más tarde, ya en la primera década del siglo XIX, será Alexandre Laborde quien, en los seis amplios tomos de su «Itinéraire descriptif de l'Espagne» nos dé el más detallado cuadro de conjunto de la situación económica y social del País Vasco, en el crepúsculo de nuestro Antiguo Régimen. No es la suya una visión tomada a grandes trazos impresionistas, como las de Jovellanos y Bourgoing, sino, como anuncia el propio subtítulo de la obra, un «tableau», un análisis anatómico de las diferentes ramas de la administración e industria del reino. De él, sesenta páginas están dedicadas al País Vasco — «la Biscaye et ses cantons», tomo II, 95-153—, cuya estructura económica y demográfica es cuidadosamente recogida por Laborde.

En un primer momento, como en Ibáñez de la Rentería, encontramos en el francés la visión de la autonomía municipal con que se rigen las villas vascas en contraste con las castellanas, expresada además en tér-

minos muy similares: «son unas cien pequeñas repúblicas que gobiernan sus propios asuntos» (12).

La primera ciudad que Laborde describe es San Sebastián y, al margen de sus anotaciones geográficas y militares, tiene valor de nuevo la apreciación de las características de su urbanismo, ese dato tan importante a la hora de calibrar la estratificación social en la ciudad. La capital de Guipúzcoa está, pues, «bien trazada, encierra una veintena de calles de las que varias son rectas, largas y amplias, y todas pavimentadas con grandes losas unidas; se cuentan de 650 a 700 casas y muchas son muy agradables» (13), dándose además una cierta actividad fabril, pero sobre todo comercial. Desde los días en que se creó la Compañía de Caracas y una vez sustituida ésta por la de Filipinas, el puerto donostiarra se vio muy frecuentado por navíos ingleses, holandeses y franceses. De manera que este puerto atrae una población muy numerosa, que Laborde estima en trece mil habitantes, con lo que viene a completarse el marco de vida urbana y burguesa ya denunciados por los aspectos urbanísticos de la ciudad. No faltan, en fin, dos buenos albergues, lo cual, para quien lea el resto del «Itinéraire», no era poco en la España del Antiguo Régimen.

Una vez más, no son sino variaciones sobre un mismo tema lo que efectúa Laborde al aludir a Bilbao. En cuanto villa, «es la más rica y la más comerciante del Señorío. Se cuentan en ella mil doscientas casas, y mientras que las de San Sebastián son en general muy bajas, éstas son altas, de sólida construcción y no carentes de elegancia. Se estima su población, concluye, en más de quince mil almas» (14). No vamos a repetir los elogios, ya pronunciados en su momento por Jovellanos y Bourgoing, de la limpieza de las calles y su pavimentación, así como de la gran actividad portuaria en las márgenes del Nervión.

Lo que sí importa resaltar son las consecuencias que se destilan de ese hervidero comercial que, según todas las muestras, debía ser Bilbao en torno al ochocientos. Gracias a ello, según Laborde, «se vive en Bilbao con mucha libertad; la industria y el comercio han extendido un bienestar general en esta ciudad y todo se encuentra en ella en abundancia» (15). Es decir, que las formas de pensamiento liberal y democrático, propias de una burguesía en ascenso, tengan como representantes a bilbaínos, como Arriquirar — «natural y del comercio de la villa de Bilbao» — o Ibáñez de la Rentería, no es fruto de una casualidad histórica, sino el resultado de unas estructuras sociales consolidadas quizá como en ningún otro punto de la geografía hispánica en los años de que venimos ocupándonos.

Respecto al interior, Laborde solamente se ocupa con cierta exten-

sión de Tolosa, Vergara y Vitoria. En los puntos sobre la primera, villa que con más de cuatro mil habitantes sigue a San Sebastián en Guipúzcoa, podemos apreciar un cierto desarrollo urbano, con buena pavimentación y alumbrado nocturno, e incluso algunas fábricas; pero la mayoría de sus habitantes se dedican a tareas agrícolas, con la consiguiente fusión de formas urbanas y rurales. Vergara sigue siendo la pequeña ciudad de cuatro mil habitantes de mediados del setecientos, una villa un tanto estática y casi vuelta al pasado y, por último, Vitoria apenas merece otro juicio que el referente a su mala construcción y deficiente trazado de calles —aunque no falten algunas amplias— y a su población, de seis mil habitantes.

Finalmente, las observaciones que sobre los caminos vascos establece Laborde están en la línea de Bourgoing y frente a la estimación negativa de Jovellanos: su buen estado supone, al modo de ver de Laborde, un mérito superior pensando en las dificultades que ofrecía el terreno y en haber sido construidos a costa de las administraciones locales.

Llegamos así a un punto en que podemos volver la vista atrás y preguntarnos por la posibilidad de establecer algunas conclusiones de cierta consistencia, derivables de los relatos que hemos expuesto; siempre con la espada de Damocles que constituye la ausencia de ese postulado análisis sociológico que hoy en día resulta base indispensable en toda historia social. Hecha esta salvedad, cabe en primer término reafirmar la hipótesis del contraste creciente en el País Vasco entre una periferia de pujante comercio e industria y, por consiguiente, con formas de vida plenamente burguesas y estilo de pensamiento liberal, y una zona interior con cultura urbana, sí, pero decadente, inmersa cada vez más en un medio rural que en ningún momento había abandonado sus formas de pensamiento tradicional. Este caminar por sendas divergentes estará necesariamente en la base de los conflictos del siglo XIX que, en muchos momentos, sobrepuestos a enfrentamiento de clases, representan el contraste entre esas formas de vida en estadio de desarrollo diverso, urbana y rural sobre un mismo medio. Formulado, pues, con todas las reservas, este bosquejo interpretativo de la evolución social de las Provincias al borde del ochocientos, creemos que el esquema se ve considerablemente reforzado por las estupendas notas de otro viajero, esta vez el italo-polaco Dembowski, quien visitará el país apenas extinguidas las cenizas de la primera guerra carlista, el año de gracia de 1840.

\* \* \*

Carlos Dembowski visita el País Vasco en 1840, es decir, en pleno apogeo romántico. Y este hecho condiciona el tono general de sus obser-



vaciones, que ya no están proyectadas hacia una descripción *útil* del carácter económico o social de las tierras, sino hacia elementos sentimentales o de folklore. La visita a San Sebastián no nos proporciona datos sobre el tráfico portuario o la localización de industrias, pues lo que atrae a Dembowski es recordar los versos de un pobre enamorado que, a principios de siglo, escribía poesías en las mazmorras inquisitoriales. Unos días más tarde llega a la «encantadora Azpeitia», en la cual se ve obligado a abandonar apenas comenzada la visita a Loyola y de este modo poder asistir al zorzico en la Plaza Mayor... ¿Significa esto que nos encontramos simplemente ante un predecesor de Merimée, de cuya lectura apenas podemos sacar otra cosa que alguna que otra sonrisa provocada por inexactitudes fuera de serie? En modo alguno. Dembowski nos ha legado un relato romántico, pero en él no está, ni mucho menos, ausente el espíritu crítico, que alcanza un punto máximo en las tres páginas, sencillamente espléndidas, que consagra a analizar las causas de la guerra carlista. Análisis que, por otra parte, viene a situarse como confirmación de las hipótesis apuntadas en las páginas anteriores de nuestro estudio.

«Podría decirse — advierte nuestro viajero (16) — que las *tres hermanas vascas* constituyen una familia extraña dentro de la gran familia española». Situación excepcional, que ya reflejaba en su día Bourgoing, y cuyo alcance se manifiesta preferentemente en el plano económico. Lógicamente, el establecimiento en toda la monarquía del régimen de libertad económica interior había de suprimir la separación de sistemas fiscales, tanto en impuestos como en aduanas, y si en el último tercio del XVIII cabía aun la polémica — que tendría su eco en los Amigos del País, favorablemente a la libertad (Extractos, 1778) — por las posibles ventajas del comercio americano, perdidas las colonias sólo quedaban a la vista los inconvenientes del *contrafuero*. Dembowski recoge cuidadosamente la oposición al trienio liberal, así como el cuidado que tuvo Fernando VII de conservar los privilegios. De todo lo cual, concluye, «ha resultado muy naturalmente en las Provincias Vascongadas un verdadero afecto a la Monarquía, a más de originarse un sentimiento instintivo que el absolutismo en España es el sostén más firme de sus libertades» (17).

Sin embargo, el cambio de régimen no afecta por igual al conjunto de la población, existiendo grupos sociales para los que el giro liberal suponía grandes ventajas, en tanto que para otros llevaba consigo el fin de una preeminencia secular. Esto era el caso del clero. «El clero, sobre todo, — citamos textualmente a Dembowski — percibió que la reforma administrativa llevaría más o menos pronto una reforma po-

lítica con los caracteres de la revolución francesa, y que entonces habría acabado la influencia que ejercía desde tiempo inmemorial en estas provincias, influencia inmensa, tanto a causa del espíritu sumamente religioso de los habitantes, como del personal excesivamente numeroso de este mismo clero». Al cual iban a unirse los intereses de aquella nobleza de las pequeñas villas que encontrabamos en plena decadencia en los últimos años del siglo anterior: «estos sacerdotes formaban con los frailes y las familias más ricas de su ayuntamiento, una especie de aristocracia omnipotente en el pueblo». Este último, tanto por la incitación de esas capas dirigentes amenazadas en la base misma de su poder, como por la conciencia de que la supresión de los privilegios económicos suponía un gran perjuicio a sus intereses, completa el cuadro de las fuerzas sociales que servirán de sustento a la actuación militar de don Carlos. Volvemos a nuestro autor: «viéndose amenazados los curas en su influencia, los otros en su existencia misma, y presintiendo además las masas que la libertad nueva *impuesta* por los constitucionales no podía igualar a aquella que ya gozaban, todo el país se puso en conmoción. De donde ese levantamiento casi unánime, porque los intereses del pobre campesino aparecían comprometidos en él al igual de los de los curas, los frailes, del noble influyente...» (18).

Cerrando este auténtico análisis sociológico *avant la lettre* que es el relato de Dembowski, quedan recogidas las únicas fuerzas que en el País se alinearon del lado cristino, porque, justamente, *sus intereses económicos* coincidían con el bando liberal. Fueron éstos los propietarios de minas de hierro y los comerciantes de Bilbao y San Sebastián, y en el fundamento de su actitud política no figuró tanto la aspiración a ver la frontera fiscal en los Pirineos o el comercio de ultramar como la creencia en ver «el origen de su riqueza mejor garantizado por la Constitución que por los Fueros» (19). Es decir, adhesión a un régimen político que había de normalizar con la Constitución la ideología de clase burguesa en España.

#### INDICE DE CITAS

(Bourgoing), «Nouveau Voyage en Espagne, ou Tableau de l'état actuel de cette monarchie», en tres volúmenes, París 1789. La referencia al País se centra en el primero, págs. 5 a 19. Las notas 1 a 3 de nuestro texto corresponden a las páginas 8, 14, 15 y 168. (ésta del tomo II) de la obra.

Melchor Gaspar de Jovellanos, «Diarios», tomos 85-86 de la Biblioteca de Autores Españoles, págs. 24 y sigs. del tomo 85 para nuestro tema. Las notas, de 5 a 11, en páginas 24, 36, 24-25, 28, 27, 31 y 29.

Alexandre Laborde, «Itinéraire descriptif de l'Espagne, et tableau élémentaire des différentes branches de l'administration et de l'industrie de ce royaume», 6 tomos, Paris 1808. «La Biscaye et ses cantons», tomo II, págs. 95-153. Citas 12 a 15, en páginas. 105, 116-117, 120 y 121.

Carlos Dembowski, «Dos años en España y Portugal durante la Guerra Civil. 1838-1840». Traducción por Domingo Vaca, Espasa-Calpe, Madrid 1931, 2 tomos. Las notas 16 a 19 corresponden a las páginas (tomo II) núms. 199, 200, 201 y 201.

### NOTA FINAL

La ausencia apuntada de estudios sobre la evolución demográfica del País Vasco en el siglo XVIII ha de tener en cuenta, empero, como excepción el importante estudio de Mercedes Mauleón Isla, «La población de Bilbao en el siglo XVIII» (Valladolid, 1961). Por lo demás, su cuidadoso análisis no hace sino confirmar las impresiones de nuestros viajeros. Según el censo de 1797 la población de Bilbao se componía de:

Fabricantes, artesanos y menestrales . . . . .	1.514	(57,4%)
Mercaderes, comerciantes y corredores de comercio . .	411	(15,6%)
Servicio doméstico . . . . .	267	(10,1%)
Profesiones liberales, servicios administrativos . . . .	258	(9,8%)
Marineros . . . . .	78	(2,9%)
Mayorazgos . . . . .	48	(1,8%)
Agricultores . . . . .	44	(1,7%)
Militares . . . . .	16	(0,6%)

«Hemos aquí — comenta la autora — ante el matiz característico de la población de la villa: un reducido número de mayorazgos; una mayoría artesana, menestral; profesiones liberales, ejercidas también en pequeña escala, junto a un crecido número de gentes dedicadas al servicio, que revelan riqueza y bienestar. Finalmente, el comercio ejercido por el grupo más numeroso». No podía, pues, ser otra la conclusión: «Bilbao era su comercio; éste era la vida de su población» (Op. cit., pág. 151).